

Respecto al primero, si he de defenderme tengo que decir algo de lo que en España sucedia, y especialmente el dia 17 de julio, sin reconvenir á nadie, y mucho menos acusar á ninguno. Entonces la nacion estaba en alarma, y por las noticias recibidas, el gobierno hizo dimision; quedando la capital sin autoridades y el pueblo dueño enteramente de sí mismo.

En este estado creciendo el tumulto y cuando este llegó á mayor intensidad, se nos llamó y se nos dijo: «Aquí se os llama para que hagais el mayor de los sacrificios, para que si es preciso perdais vuestra cabeza, y arriesgueis vuestra reputacion, sois llamados á defender la sociedad y la monarquía.» Y nosotros monárquicos por conviccion, patriotas por temperamento, y hombres de honor, tuvimos que aceptar para evitar mayores males que todo el mundo prevía, y de los cuales después podria reconvenirnos con razon.

Respecto al segundo cargo, se nos dice: ¿Y por qué os asociásteis con otros hombres que no eran de vuestros principios? Para contestar es preciso tener presentes las circunstancias, y entre ellas, que pocos momentos antes de los sucesos de aquellos dias, toda la nacion se hubiese dado por contenta con solo el nombramiento de un ministerio compuesto de conservadores y progresistas, especialmente siendo hombres honrados, cualidad que creo que nadie podrá negarnos. Pero si bien admitimos el nombramiento del general Córdova, designamos por presidente al duque de Rivas, cuyos antiguos servicios, cuyo carácter y patriotismo, y cuyo amor á la libertad nadie podia poner en duda. Y hablando del general Córdova, aunque siento tener que hacerlo, pero lo exige su defensa, y mucho mas estando ausente y proscripto, este general en vez de llamar al poder á sus amigos políticos de otras épocas,

se rodeó de nosotros que sabia éramos de la oposicion, lo cual prueba que habia desistido de sus anteriores opiniones, y que en el fondo estaba decidido por la causa liberal de lo que ya habia dado pruebas en algunas votaciones del Senado.

Respecto al cargo tercero, se dice: Ya que aceptásteis, ¿por qué obrasteis así y por qué dejasteis de obrar? En cuestion tan difícil y espinosa no basta tener franqueza y gran corazon, pues es preciso no herir susceptibilidades, y el decir mas de lo debido, seria causar males sin cuento. Aquel gobierno entró haciendo el mayor sacrificio, y ¿para qué entró? Para defender la sociedad, para ser escudo de la monarquía, para evitar que se fomentaran y cundieran los males que se prevían.

Si al entrar nosotros en el ministerio á las seis de la mañana del dia 18 no hubiésemos opuesto resistencia al movimiento que iba tomando fuerzas colosales, ¿qué se hubiera dicho de nosotros? ¿Qué habria sido de la sociedad? Entramos en el poder para defenderla, para salvar el principio de autoridad, para conservar el orden, para ser escudo de la monarquía. Si en vez de hacer algo para defender estos santos objetos no hubiéramos hecho nada; si hubiéramos huido ¿habríamos sido leales? No; hubiéramos sido traidores. Mi digno amigo el señor marqués de Perales, cuya nobleza es bien conocida, lo acaba de decir en dos palabras: salió con instrucciones del gobierno; salió en medio de los grupos en lo mas recio de la pelea, fué á esponer su vida, y sus consejos no fueron oidos, y sus esfuerzos fueron inútiles. Tambien los ministros, ministros civiles, señores, que no tenian mas obligacion que mandar desde su gabinete en circunstancias tranquilas, que no tenian obligacion de ser valientes ni de arrostrar los peligros, tambien salieron á las calles á ver lo que pasaba, á predicar la paz,



creyendo que inspirarian confianza, y sin embargo nada alcanzaron. ¿Quién tenia la culpa de que se hiciera fuego, de que no se obedecieran las órdenes, de que unos acometieran y otros fueran acometidos? Nadie se contenia, señores, en aquellas circunstancias, ni habia orden, ni valia la buena voluntad, ni los esfuerzos más sinceros; el pueblo desconfiaba de la tropa y la tropa del pueblo, y era imposible evitar los males que de esto surgieron.

¿Y con quién se habia de entender para bacerlo el dia 18? Yo diré la verdad sin injuriar á nadie.

El dia 18 habia una batalla, pero no habia ni bandera, ni grito, ni caudillo. ¿Con quién se habia de entender el gobierno? ¿Con quién le fué posible hacerlo? Con nadie: aquellos hombres, aquellos bizzaros, no querian oír reflexiones, estaban embriagados con la pelea.

La pelea continuó. Cuando ya el dia 19 tomaron otro giro y otro aspecto las cosas, cuando ya el pueblo de Madrid que no habia salido el dia 18 se lanzó á la calle el dia 19, cuando ya habia hombres conocidos ó de importancia, que se acercaron al gobierno, ¿se negó este á oír esas personas? ¿Se negó á repetir las órdenes que tenia dadas para que se suspendieran las hostilidades? ¿Este gobierno rehuyó en algun momento su constante deseo, su único anhelo de que el fuego no continuára? No, señores, ni un solo instante: si habia entrado en el poder con ese fin, su mision no era otra. Por eso el dia 19 cuando variaron las cosas, pasó el poder de unas manos á otras; por eso el 20 cesó completamente el fuego; y por eso aquel gobierno que con ánimo sereno y resuelto habia aceptado el poder, cuando ya se convenció de que sus nombres no bastaban para calmar los ánimos, que sus antecedentes no servian para tranquilizar al pueblo, que este con razon ó

sin ella desconfiaba de él, resignó el poder y se retiró á su casa.

¡ Cosa singular! era tal el convencimiento que el gobierno tenia de que habia obrado con lealtad ó con buena fé, que desde palacio se fué á su casa, ó desde su casa al dia siguiente visitó las barricadas, no vió en ellas al señor Salmeron; no supo donde estaba, y ni un solo grito, ni una sola reconvencion encontró en el pueblo de Madrid. Se retiró.

El Congreso después de estas esplicaciones podrá decidir si el gobierno obró bien: su acuerdo será acatado por nosotros; pero cualquiera que él sea, yo respondo de mí mismo con la mano sobre mi conciencia, quedo completamente tranquilo, y espero que la historia me hará justicia.»

Encargáronse de desmentir al señor Roda los señores Gomez de la Mata y Rodriguez, y lo hicieron cumplidamente refiriendo con el fuego del entusiasmo y del patriotismo las hazañas de los madrileños en aquellas tres jornadas de luto y de gloria.

Ambos pusieron de manifiesto la bizarría y generosos sentimientos del vecindario de Madrid, que salvó la causa de la libertad.

«Yo, señores, dijo entre otras cosas el señor Gomez de la Mata, fui el primero que me puse al frente de la revolucion en aquellos dias; y lo digo aquí en alta voz, porque el señor Gomez de Laserna dijo que se presentaron en la revolucion algunos que hoy ocultarian sus nombres; yo no: yo nunca oculto mi nombre; yo desde el año 34 he sido gefe de la benemérita Milicia nacional de Madrid, y siempre he estado al frente de ella para combatir contra los enemigos de la libertad. En los once años de triste recuerdo esa misma Milicia nacional ha tenido los mismos gefes, los ha reconocido como sus gefes naturales, y harta de sufrir el yugo de la tira-



nia, ansiaba el momento de lanzarse á la pelea contra sus enemigos.»

El señor Rodríguez terminó su peroracion con los sentidos párrafos siguientes:

«El Congreso ha oido diferentes defensas: se ha defendido al trono, al general Córdova, y á los demás ministros á costa de la honra del pueblo: ¿hay por ventura nada mas grande que ese pueblo de Madrid?

Ha dicho el señor ministro de Fomento que el ministerio anterior no era revolucionario. Yo me alegrára que lo hubiera sido, y que hubiera consumado la revolucion moral, ya que el pueblo consumó la material.

Acogidas mis palabras con benevolencia por aquel ministerio, y dándonos la promesa de que no se rompería el fuego, volvimos á las barricadas, y arengando al pueblo, le digimos que tuviera confianza en los hombres que estaban en el poder, cuyas ideas eran las nuestras. Mas tarde desgraciadamente se rompieron las hostilidades, y al ver el cuerpo de algunos hijos del pueblo atravesado á balazos, nos costó trabajo creer lo que veíamos y estuvimos en peligro.

Dice el ministerio que no sabia lo que queria el pueblo; que todo era desórden. El desórden, señores, fué romper los cajones de la policia, y unos cuantos muebles de los ministros verdaderamente criminales. ¿Y qué hubiera sido de ese pueblo si hubiera sucumbido? El cadalso, las prisiones; ese era el porvenir que le reservábais. Cuando el día 20 la reina llamó al duque de la Victoria, todo cambió, y los músicos tocando el himno de Riego y los retratos de S. M., de Espartero y de los generales que se habian pronunciado, reemplazaron á la actitud hostil que hasta entonces habia tenido. Si yo hubiese podido antes hablar á los ministros, les hu-

biera dicho: «A la manera que el virtuoso arzobispo de París cuando se presentó con un Santo Cristo en las barricadas, presentaos vosotros con el programa de Manzanares en la lucha y todo cesará.»

Pues dicen los ministros que ellos estaban en palacio para escudar al trono. El trono estaba defendido por el pueblo que habia mecido la cuna de su reina, que se habia batido mil veces por ella. Yo he levantado mi voz para espresar la estrañeza que causó á todos el ver á hombres de los antecedentes de esos señores unidos al general Córdova, identificado con la situacion anterior, y que era uno de los que han ayudado á destruir el régimen representativo.

¿Ignorais que el general Córdova fué uno de los que fueron causa del fusilamiento de un pobre artesano? Pues esos eran los antecedentes de ese sugeto con quien os habiais unido.

Quede sentado que el pueblo de Madrid es valiente, generoso y libre; y que desea al mandarnos aquí que le demos una libertad racional, y le proporcionemos moralidad, justicia y economías. Al hablar de ellas yo no puedo ofrecer al pueblo lo que no se le puede dar: lo que deseo es que entremos en la senda del porvenir que el pais esperará sin recelo.»

Las esplicaciones dadas por el ministerio metralla, ya que no fueron satisfactorias, no dejaron de ser muy útiles y significativas, toda vez que aclararon actos de suma importancia, como por ejemplo, la coalicion entre ciertos progresistas y ciertos moderados comprometidos á mantener en toda su fuerza y vigor el código sobrado raquitico de 1845, al paso que la inmensa mayoría de los liberales se afanaba por derrumbar el sistema bajo el cual tantos crímenes se habian perpetrado, sustituyéndole con los principios avanzados, que á la sazón parecia hubiesen alcanzado el triunfo.



Desde aquel momento se supo que el partido progresista estaba dividido en dos fracciones muy distintas de representar los mismos principios, y apetecer iguales resultados.

Hallábase la una resuelta á sostener las leyes que regian cuando estalló el último alzamiento, mientras la otra anhelaba destruir completamente aquel orden de cosas maquiavélicamente fundado por la hipocresía y la fuerza bruta después de 1843, para que el sistema representativo no existiera mas que en la apariencia, convertido realmente en fecundo semillero de escándalos, de monopolios, de iníquos desafueros.

Por desgracia estas dos fracciones aun existen.

La de los *santones* se contenta con una Carta parecida á las que hasta ahora han sido insuficientes para labrar la felicidad del país, y si bien se ha visto precisada á admitir contra su deseo la Milicia nacional, no es adicta á ninguna de las grandes y radicales reformas que la moderna civilización reclama, sin las cuales es un sueño creer en la prosperidad del país.

La otra fracción se compone de los progresistas avanzados, esto es, de los que son consecuentes con su título, y ambicionan todos aquellos progresos que forman el credo político de la mas lozana juventud.

De las ideas de los verdaderos progresistas á las de los demócratas hay una distancia casi imperceptible, toda vez que unos y otros ansian proporcionar al pueblo un gobierno barato con la estincion de onerosos tributos, con la reduccion de empleados, y el consiguiente castigo de los insoportables presupuestos.

En una palabra, los que deseaban que la revolucion de julio de 1854 hubiese sido la última por haber satisfecho todas las exigencias del pueblo, quedaron ya en minoría desde las esplicaciones

de los señores ministros de las cuarenta y ocho horas, y esto esplica suficientemente el giro que ha ido tomando la cosa pública, y cada dia que se ha deslizado desde la gloriosa revolucion de julio, ha visto el pueblo desaparecer una de sus bellas esperanzas.

¿Merecia este resultado el heroismo del pueblo?

Seguiremos narrando los altos hechos de aquellas gloriosas jornadas, para que se vea cuán ingratos han sido los que debieron su advenimiento al poder, á la generosidad y bizarría de esas masas populares, siempre virtuosas y siempre despreciadas, calumniadas y oprimidas.

